

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

EL FÍGARO

REVISTA DOMINICAL ILUSTRADA

AÑO IV

27 DE MARZO DE 1910

NÚM. 154



Fot. Robert

Señoritas Joselina Castillo y Pura Martínez

"EL FIGARO"

REVISTA DOMINICAL ILUSTRADA

PROPIETARIOS:
C. H. PRESTINARY-MIGUEL A. MARCHENA

SE PUBLICA
LOS CUATRO PRIMEROS DOMINGOS DE CADA MES

OFICINA:
CALLE 4ª SUR, FRENTE AL BANCO DE COSTA RICA
APARTADO NÚMERO 786

COLABORADORES:
RAFAEL VILLEGAS. --- E. CALSAMIGLIA.
LISÍMACO CHAVARRÍA.

COLABORADOR ARTÍSTICO:
LUIS LLACH LL.

ADMINISTRADOR: VÍCTOR POLINARIS

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

CONDICIONES:

Suscripción por un mes. ₡ 1-00
Por un año adelantado ₡ 10-00
Número suelto. ₡ 0-25
Número atrasado. ₡ 0-50

Para los demás Estados de Centro América
y el Exterior
el 50 % en oro de los precios anteriores.

¿.....?

Lo que comunmente llamamos *el cielo* ¿es una mansión deshabitada?

¿Existe algo fuera de la vida planetaria y estelar que vislumbramos?

Las civilizaciones anteriores á la nuestra,—que empezó en Grecia,—tuvieron acerca de ese punto hipótesis desmesuradas.

En Grecia los poetas fabricaron un Olimpo lleno de dioses,—y los sacerdotes lo alquilaron.

Pero los pensadores griegos no estuvieron todos de acuerdo. Zenón,—no el de Elea, sino el de Chipre,—mi amigo Epicuro,—que ha sido tan calumniado,—el inmenso Demócrito,—como Lucrecio más tarde en Roma,—originaron una *sistema de pensar*,—que consiste en el fondo en *no pensar* en eso,—y que ha tenido en el mundo moderno dos representantes eminentes: Littré en Francia y Spencer en Inglaterra.

En Alemania hubo un atleta de la inteligencia,—que se llamó Kant,—y que partió el problema en dos pedazos: la *Crítica de la razón pura* y la *Crítica de la razón práctica*. En la primera prueba que no se puede *pensar* el asunto, ni siquiera en problema.

Vaya un ejemplo:

¿el mundo ha existido *siempre*?
¿no tuvo un *principio*? El hombre,—por más que se esfuerce,—no puede

concebir sino lo que *empezó alguna vez*. Tuvo, pues, un principio. ¿Qué había antes? La nada. El hombre no puede concebir *la nada*.

En la segunda, basándose en el sentido común, encuentra que el concepto de lo divino es una ley de la inteligencia humana.

Algo de eso,—á su manera,—había dicho Lucrecio Spencer en sus «Primeros principios»,—que *refunden* las ideas de la primera crítica de Kant,—se vale de este ejemplo ingenioso, con el intento de demostrar que no hay concepto posible de Dios «Un reloj á quien dotaran de entendimiento análogo al nuestro, imaginaría al relojero como un reloj muy grande, que marcaría las horas con precisión inerrable en piedras preciosas, por supuesto». En algo no se equivocaría el reloj,—contestamos: en suponer en el relojero *inteligencia*,—aunque superior á la suya.

Como no escribo una disertación sobre la materia, omito hablar de dos pensadores que han sido dos astros en el firmamento espléndido de la intelectualidad alemana: Shopenhauer y Hartman.

Creo en Dios.

**

¿Tenemos un espíritu inmortal?
El *materialismo* dice que no. El *espiritualismo* que si.

Se han escrito muchos volúmenes acerca de eso.

He aquí el resumen.

Por una parte.

El cerebro piensa, como el estómago digiere. La función depende del órgano. Con un poco de sangre de más ó de menos que acuda á él, se tienen fenómenos importantísimos de los que se llaman *espirituales*. ¿Adónde va el pensamiento cuando dormimos ó cuando nos desmayamos? Allí irá después que muramos. Quien sueña no está dormido por entero, pero entorpecida la percepción esterna, fabrica el cerebro pensamientos hechos de fantasías y de recuerdos. Nuestras acciones dependen de la herencia orgánica, del cuerpo con que nacemos, del país, del clima, de la educación, de los acontecimientos casuales que nos envuelven. Somos como fantoches, que cuerdas invisibles manejan. Se nos estima ó se nos odia por condiciones que no está en nuestra mano modificar, por tendencias de nuestro organismo y por circunstancias que no

dependen de nosotros. Concebir un pensamiento sin cerebro es como concebir una respiración sin pulmones.

Los otros responden.

A través de todos los influjos orgánicos, hay algo de personal y de autónomo. Podemos, si nos empeñamos, modificar las fatalidades que parecen subyugarlos. Tenemos conciencia de algo diferente del cuerpo que vive en nosotros,—lo que ustedes llaman el pensamiento, lo que nosotros llamamos el espíritu,—lo que decía San Pablo que nos había sido dado como una prenda de la inmortalidad. Algo que es lo único que salva en el mundo la ley del tiempo y del espacio, porque con ello nos trasladamos, sin movernos, á un país remoto, á una época hundida en el pasado. Cultivemos cuidadosos ese elemento inmaterial, que de ideas se nutre y que sobre sus alas se remonta al cielo.

Promuevo, pues, la discusión;—el tema no es poco interesante.

KAMUS

De mis reveses

Cuando alza el huracán sus alas grises
para azotar el piélago, con ira,
las olas se retuercen y levantan
salvajes tumbos y gigantes rimas.

Así cuando las rudas tempestades
del infortunio mi existencia agitan,
con voz de trueno mis estrofas surgen
y en el cordaje de mi plectro vibran.

Y canto sin temores mientras pasan
las furias de los ábregos que silban,
y en versos cristalizo mis pesares,
mis grandes luchas y nostalgias íntimas.

LISÍMACO CHAVARRÍA

El Genio como degeneración

IV

Nadie puede escribir algo sobre el carácter de Marat porque aquel hombre no lo tenía.

Era un caso curioso del neurasténico. En ocasiones era afectuoso y hasta tierno, daba palmaditas en la espalda á los hombres y acariciaba la cara de los niños. Otras veces era feroz, se convertía en un tigre.

Estas anomalías congenitales son signos incontestablemente patognomónicos. Por lo demás le devoraba la herpe y se vivía en la bañadera, allí le apuñaleó Carlota Corday. Newton se paseaba desesperado por el cuarto arrancándose el cabello y arrojando al suelo los libros cuando se le hablaba de sus contradictores científicos y no les reconocía un ápice de talento.

Dikens, uno de los más grandes novelistas, le tenía un miedo espantoso á las ratas y no podía escribir dos líneas si percibía algún ruido que metían en las paredes.

De la normalidad de Mirabeau puede juzgarse leyendo las páginas de su juventud llena de locuras, de disipaciones y de extravagancias; su padre le escribía una vez: «Yo podré dominar las bestias, pero no sacaré partido de un loco».

A Humbolt le castigaban con frecuencia porque era un imbécil según la expresión justa de sus maestros. Su madre y su hermano le sacaron de la escuela porque el muchacho no aprendía nada.

Wallestein era un megalómano completo; soñaba colocándose la corona imperial en la cabeza y creía firmemente en sus sueños.

Su locura de grandeza le perdió. Otra cosa también le preparó la ruina. Era ciego para todo lo que no estaba acorde con su manera de sentir y creía que podía leer en los astros todas sus disposiciones.

Cuando Illo y Terzky le suplica-

ban y le increpaban por una comisión que iba á dar á Octavio Piccolomini, él tuvo frases duras para con sus generales: «Se hará lo que yo mando, porque sólo yo sé mandar, vosotros, decía, sois unos imbéciles».

En la primorosa obra de Legrain «El Delirio en los Degenerados» se lee: «Los degenerados son egoístas, vanidosos, infatuados de sí mismos». Sus frases retratan á Wallestein. Creía fanáticamente en la astrología y decía: «La astrología es la única que no engaña». Leía su sino en la posición de las nubes y de las estrellas y se sentía indispuesto cuando una nube no estaba donde él quería que estuviese.

Uno de los caracteres más constantes que presentan los *matoides* es la idea de predestinación, la creencia ciega en un origen superior que los coloca sobre la masa humana como si fueran seres extra-humanos. Este achaque patognomónico aqueja á casi todos los endiosados por sus méritos ó en hombros de la adulación, y pueden contarse con los dedos los que se han librado de este estigma.

En un artículo anterior vimos cómo en el Tasso esa obsesión bordeaba los lindes de la locura.

Napoleón Bonaparte es otro tipo acabado de esa pseudo locura que suelen llamar *egotismo* y que con más propiedad se llama *egolatría*: desde niño nos lo pinta Conan Doyle creyendo que estaba destinado para algo tan grande que no alcanzaban á comprender los compañeros, tenía la más firme convicción de que de su cuerpecillo de baja estatura, habría de brotar el prodigio. Su vida es la eterna demostración de tal aserto.

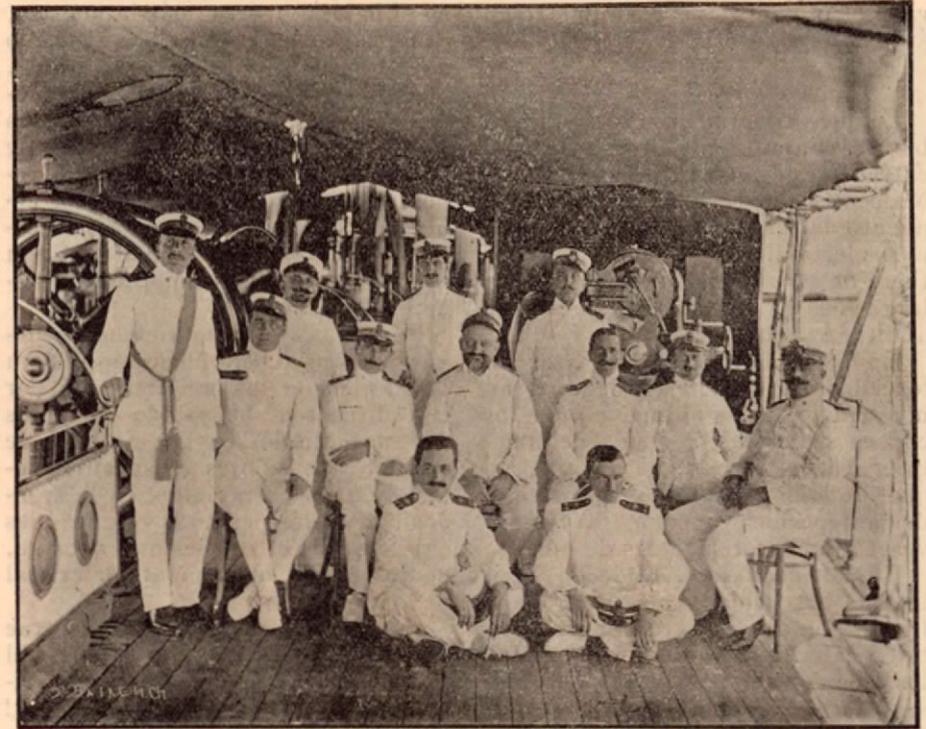
El notable físico y matemático Cardano, decía públicamente que hombres de su clase nacían uno cada diez siglos y lo decía seriamente. Tomó muy á pecho y lo agradeció bastante cuando un adulator le dijo que era el sétimo genio de la creación.

Decía á sus amigos que había resuelto cuarenta mil problemas y aseguraba que había aprendido el griego y el latín en tres días. Le fastidiaba toda conversación que no tratara de él; «el degenerado no conoce ni se interesa más que por sí mismo. (J. Roubinovitch «Histeria masculina y degeneración».)

rior de cuero para escapar de supuestos ataques y de noche, en vez de buscar el lecho para dormir, se armaba hasta los dientes y se echaba á la calle con un antifaz negro para que no le reconocieran.

Usaba unos zapatos con suelas de plomo de seis libras de peso.

Otro biógrafo agrega el dato de



Comandante y Oficiales del Crucero Italiano "Etruria"

Fot. Wimmer

Su locura llegó al colmo y sostuvo que estaba seguro de haber pasado por una existencia anterior de la cual hacía los más formales recuerdos.

Creía que todos se ocupaban de él y decía que medio Europa estaba en contra suya. Una vez acusó seriamente y sin empacho á todo el claustro de la Universidad de Padua porque según decía trataba de envenenarle para desembarazarse de él.

Dió en la flor de vestir ropa inte-

que era un desesperado coleccionador de baratijas y esta es una afección neuropata que Magnan designó bajo el nombre de *omniomania*.

Quién puede negar la potencialidad de esa mentalidad robusta?

Pero quién se atreve á asegurar que no existen en toda ella curiosas anomalías congenitales que acusan un desequilibrio patológico?

LUIS DOBLES SEGREDA

Entre dos islas

Mi pluma ha rescatado su ala, el ala ha recuperado su pájaro y el pájaro ha dardeado los horizontes, de una á otra Antilla, en un vuelo tan rápido que el libro de mis impresiones se ha deshojado, como á la sacudida de una brisa que fuga. Tal van allá estas líneas, escritas tanto vale decir que á vuela pluma como á vista de pájaro.

*
**

Lo que primeramente ve de la Habana el viajante que en ella hace su entrada, es ese muro alejandrino del Malecón, que desdobra el abigarramiento de sus edificios modernos con una cierta ligereza decorativa por fuera de su cómoda solidez. Tal una larga fila de magnos estuches y de abultadas bomboneras.

En las tardes, el Malecón reviste los solemnes caracteres de un gran muestrario que se anima, en que los coches se pasean repletos de hembras graciosas y en que, bajo la arquería de los portales ó en los volados antepechos, imponen su triunfo vespertino constelaciones de ojos.

En las noches, el Malecón acribilla la obscuridad con su millón de luces, que, desde los ventanales, saltan á zambullirse temblorosamente en los espejos del mar; y hay que pensar, entonces, cómo ha de antojársele al que lo divisa, desde un navío, una visión aladinesca y profusa como un escaparate de estrellas.

Hay algo de los cuadros sugestivos que se ven en Niza: una vela blanca, una nube gris y una ola crespa, tal vez un pájaro que se soslaya. La Habana ha de ser, por eso, una estación invernal, en cuya costa de Azur vendrán á sudar su oro los Hércules del gran país de maquinaria.

*
**

Si la Habana moderna es el Malecón, la Habana antigua es la calle del Obispo.

El comercio ha colmado ambas aceras con sus exhibiciones pintorescas, en el afán insaciable de la demanda impudorosa. Los letreros resonantes salpican toda la calle en una como mascarada que preside Mercurio. En la oferta de las mercancías se entretujan y barajan, en una confusión babélica, todas las lenguas; pero hay que confesar que en el balanceo pesa más la nuestra, como si en el platillo echase el bueno de Cervantes la pluma del Quijote.

Y, como todo en la vida, —¡oh Venus!— los almacenes no hacen más que improvisar en los cristales de sus escaparates espejos en que se reflejan, así, al paso, las mujeres, ceñidas entre las ballenas de sus corsés voluptuosos y ornamentadas con la pompa de sus sombreros alucinantes.

Por esta calle simpáticamente vieja y extrangulada, como si quisiera quedarse con las mujeres que por ella discurren, he sabido yo de los dengues criollos en las cinturas de cocotero, de los ojos chispeantes como cocuyos extraviados en la frondosidad de las pestañas y de los pies cubanos—de estos pies que cabrían, de dos en dos, en el zapato de cristal de la fábula.

¡Loemos esta calle que nos trae una remembranza de los tiempos del meriñaque inflado, los bucles del tirabuzón y los impertinentes de carey! ¡Loemos esta calle que habla al corazón nostálgico de las cortesanas y de las elegancias vetustas y dilectas! Pero, sobre todo, loemos á estas mujeres, que asoman su belleza de ahora por entre el marco labrado de la Antigüedad...

*
**

Y en Santiago ví florecer en las rejas la gracia de unas mujeres que hacen pensar en una Andalucía de Cuba.

Y en Matanzas, con sus calles rectas y limpias como el encasillado de una casa de banca, ví el abrazo de

los dos ríos que se aman sobre un lecho de verdor que recorre todos los matices, y penetré en unas cuevas que me trajeron el recuerdo infantil de mis lecturas de los Cuentos de Hadas.

Y en Santa Clara, vi el jolgorio eclógico de los campos cubanos, con

plátanos griegos, al redor de las almas y de las estrellas...

*
**

¿Qué diré de la otra antilla que hube ligeramente de tocar con la punta del ala, en este mi amor eterno hacia los confines lejanos?

COSTUMBRES NACIONALES



Empleados de comercio de esta capital bañándose en "El Brasil" Fot. Rudd

sus ingenios relucientes de chime-neas rojas; y me senté á la mesa virgiliana, que desdobra el mantel de lino bajo los copudos manglares. Por cierto que apunté ahí, en mis recuerdos gratos, la amistad de un hombre sabio, que de día estudiaba en los libros y de noche apuntaba su telescopio contra las constelaciones: hube de frotar con el suyo mi espíritu, en una conversación peripatética, bajo

Santo Domingo fué para mí una evocación sacratísima: sus castillos ruinosos, sus casas solariegas, sus palacios prehistóricos, sus conventos arcaicos, pusieron en mi alma indoespañola una añoranza de crepúsculo y de melancolía.

La capital, exaltada por el tumulto de las revoluciones, hízome el efecto de una caja de hierro que hubiere sido abierta por la barreta de una

violación: en los muros vi los agujeros frescos aún de los proyectiles; reparé en que las baldosas de las aceras habían desaparecido en el andamiaje febril de las barricadas. En la atmósfera cálida había olor á pólvora. La evocación de la Conquista era completa. Me son simpáticos estos pueblos encrespados, que rubrican con rayos el luto de su historia; porque hay que convenir en que la virilidad se tonifica en la gimnasia de las revoluciones, y que estas por lo menos pueblan de héroes la sepultura de los siglos.

Lo admirable de Santo Domingo es que por dentro de su capital vestusta palpita un alma joven. Asombrosa es la cultura mental de sus gentes: ya no lo que se aprende, sino lo que acaso se hereda. Hombres y mujeres se encorvan sobre el surco de las buenas lecturas; pero, bajo el aprendizaje, ponen, como una nota muy suya, eso que no se toma de fuera, sino que de dentro sale y que se llama gusto.

El sentimiento de belleza que hay en el alma dominicana ha hecho que peleara más que en sus revoluciones sangrientas, en sus discusiones exaltadas, por recabar para su orgullo lírico el título ciertamente glorioso de Depositaria de los Restos de Colón.

Cuba y Santo Domingo no tienen sólo una vecindad de mapa: acaso la conjunta esa ley biológica que encarga unas mismas funciones á los dos lóbulos del cerebro ó á las dos vísceras del corazón.

Pero lo que tiene un valor incalculable para mi sibaritismo en estas dos Islas, es el regalo que ellas han hecho á la doliente Humanidad, de tres placeres desconocidos para las gentes antiguas. Estos tres placeres nuevos son los del tabaco, el café y el azúcar de caña.

A prestarme Virgilio su pífano pastoril, hiciera yo, en elogio de las Antillas, tres Geórgicas Tropicales.

JOSÉ SANTOS CHOCANO

La Miserable

En la pequeña habitación, cuya única ventana daba sobre el mar, á cien metros del faro, la vieja Mahende se había levantado de la silla. El rostro pegado casi á los cristales, miraba al Océano, cuyas olas se hinchaban y rompían con un estrépito espantable.

Era una noche de tempestad.

Largo tiempo permaneció así, tratándose de escrutar el horizonte a la luz de los relámpagos. Después aproximóse, resignada y triste, á una camita donde reposaba un niño.

¿Duermes, Ivonneck?

Y una vocesita, dulce como el canto de la ola que muere sobre la playa en las tardes de estío, contestóle:

—No, abuela, escucho á la mar que canta.

—¿Qué canta? ¿Quieres callarte? ¡Dios mío! ¡Dí más bien que silva como una víbora, que maldice como una bruja! ¡Ah, la mar! ¡La miserable!....

—Sin embargo, abuela, la amo aun cuando sea malvada.

—¡Cállate! ¡cállate! Piensa en los infelices que están en la mar esta noche. Todos los veleros han entrado ya en el puerto.... Sólo el «Buena Esperanza» sigue sin parecer...! ¡Reza, hijo mío; reza!

El pequeñuelo no respondió. Sentóse en la camita y miró á la ventana. Y luego, echando los brazos al cuello de su abuela, dijo en voz muy baja.

—Escúchame.... Ya tengo once años. En breve haré mi primera comunión.... ¿Podré el año próximo ir á la mar con mi padre?

La anciana se estremeció.

—¡Jamás!.... ¡Jamás! Nunca te dejaré partir! En treinta años he vestido de luto diez veces. En la mar están mi padre, mi marido, cinco hijos, dos hermanos y un nieto.... Y la mar te tomará á tí también.... Empiezas á amarla.... Engaña, seduce, y después asesina. ¡No! ¡No!

—¡Me gusta la mar! ¡Me iré con mi padre! ¡Se nadar! Siento envidia cuando veo á los marineros salir del puerto...

—No, no; te tomará.... ¡La Miserable!.... Escúchame. Aullará toda la noche.... Duerme.... Son diez los del «Buena Esperanza».... ¡Con tal

Y la abuela pensó en todos los que había aguardado, en noches análogas, y que no habían vuelto jamás: en su padre; muerto en Islandia; en su marido, cuyo cadáver arrojaron las olas, una mañana, sobre la playa; en su nieto Teodoro, víctima en Tonkín de una fiebre. Sólo le queda-



Paisaje en las cercanías de San José

Fot. Rudd

de que mañana no vayan á misa muchas mujeres vestidas de negro!

* * *

El pequeño durmióse, y la vieja tendióse á su vez en el duro lecho que se alzaba en un rincón del cuarto.

Toda la casa temblaba bajo la tempestad. Los relámpagos rompían la obscuridad pavorosa con su faz lívida. Las olas, sin cesar estremecidas, parecían llorar, aullar, amenazar con el viento.

ba un hijo, el que luchaba con el mar en aquellos momentos sobre el «Buena Esperanza», y el pequeño Ivonneck que dormía á su lado.

¡No! ¡No consentiría que la mar, La Miserable, se lo arrebatase también! Ya sabría enseñarle á odiarla, á ver en ella á la matadora de hombres, enlutadora de esposas, de madres, de hijas....

Un grito de angustia arrancó á la abuela de sus pensamientos.

Era Ivonneck, que en pie, espec-

tral cerca de la ventana, miraba el Océano tempestuoso, gritando:

—¡Papá se ahoga! ¡Papá se ahoga!

La abuela trató de calmarle,

—¡Es una pesadilla! ¡Papá está en alta mar! ¡Duerme tranquilo!

Pero el chiquillo se viste y sale corriendo de la casa, en dirección al faro. Escala el muro, coge la cuerda de la campana, y toca el toque de alarma, con toda la fuerza de sus brazos. Y al tremendo rebato despierta la aldea, semejante á un grito lúgubre, seguido de un sollozo.

El guardia del faro acude lleno de sorpresa:

—¿Qué haces aquí?

—¡Mi padre se ahoga!

El buen hombre, instintivamente, mira hacia la mar. ¿Qué es lo que ve? Allá abajo, á algunos cientos de metros de la costa, una luz verde que aparece, y desaparece, sube y baja, como una boya luminosa sacudida por las olas. ¿Será un barco en riesgo de naufragar?

Los pescadores de la aldea van llegando, y botan al agua la canoa de salvamento.

—¡Iza!

—La canoa, empujada por veinte remos, se desliza sobre las olas. ¡Oh, gran Dios! La luz verde acaba de desaparecer. Llegan gritos terribles, que se confunden con los rugidos del Océano. Es el fin. El buque ha debido hundirse.

Se cuenta en la playa. Están los diez, los diez náufragos de «Buena Esperanza.» La canoa llegó á tiempo para arrancar al mar su presa.

Un hombre con sus rudas manos negras acaricia los cabellos rubios de un niño.

Este murmuraba:

—Soñaba que te ahogabas; desperté, me levanté, corrí al faro, tiré de la cuerda de la campana, y luego...

—Y luego nos has salvado, pequeño. Sin tí, hubiéramos sido devorados por las olas. Ya no había mástiles ni timón, se iba á la deriva... ¡Oh! estoy contento, pequeño. ¡Eres

de los nuestros; un verdadero Mahende!

Y el padre tomó á su hijo en brazos.

—¿Entonces me llevarás al mar contigo el año próximo?

—Mañana, si quieres, Invonneck.

Desde las rocas, estremecidas aun por la angustia que acababa de sufrir, la abuela ha oído.

—¡Ah! ¡Me lo roba; maldita!

Pero su gesto de odio concluye en una caricia para el pequeño, que se ha arrojado en sus brazos, y que con una voz dulce, como el canto de las olas que mueren en la playa, en las tardes de verano, murmura:

—¡No la maldigas, abuelita, porque esta noche ha sido piadosa!

PABLO MARGNIER

Las Bibliotecas

BENEFICIOS QUE SE OBTIENEN DE LA LECTURA

¿Si se sabrá alguna vez bastante lo que debemos á los libros? Esos grandes amigos, esos consejeros severos ó sonrientes, esos padres de elección forman nuestra inteligencia, ennoblecen nuestro carácter, afirman nuestra sensibilidad. Todo el vasto universo se refleja en una biblioteca; los orígenes, los trastornos del globo, la aparición de las flores, de las faenas, del hombre; los progresos oscuros de las civilizaciones, la novela pasional de las razas, la leyenda de los héroes, la creación de las ciudades, las religiones, la historia, la vida de los pueblos, tanta sangre, guerras, conquistas, la gloria de los poetas, la irradiación de las historias de amor, los descubrimientos de los sabios; todo, hasta la existencia de la más humilde brizna de yerba, todo, hasta los estremecimientos del más invisible átomo, palpita en las páginas de esos libros admirables en que se resume la vida de la naturaleza, y del hombre.

El que lee se eleva, se despoja de la escoria original, suscita en sí, el filón de oro de la conciencia, llega á concebir su destino y el objeto de sus esfuerzos. El que lee se convierte en ser pensante, sensible y sufrido, de un modo noble. Nunca amaremos bastante los libros, Nunca les tributaremos un culto bastante ferviente;

pero ese culto no debe ser el de las tumbas. En Francia, en provincias sobre todo, nuestras bibliotecas son, con demasiada frecuencia, necrópolis, cuando deberían ser verdaderos depósitos de «libros vivientes»—así dice Eugenio Morel—gracias al préstamo, al cambio, á la renovación, que los esparce y divulga.

Honar el pasado es bueno, colaborar en la obra fecunda del presente sería mejor. A esto responderían entre nosotros, deberían responder en todos los países, las bibliotecas públicas libres, los «Palacios de los libros,» claros, sanos, dispuestos ampliamente, abiertos de nueve de la mañana á diez de la noche, abrigados, iluminados, confortables, y á los cuales en caso necesario, se agregasen baños, juegos, salas de espectáculos.

Convendría que los «Palacios de los libros» atrajesen á la gente, y sin duda alguna la atraerían, porque el hombre tiene necesidad de saber y solo las barras que se le oponen, le rechazan. Además, la prueba se ha hecho entre nosotros: allí donde se han abierto bibliotecas con las puertas de par, en par, los lectores han afluído.

Esas luminosas casas en que ninguna fiscalización, ninguna triquiñuela administrativa levanta sus formalidades y sus reglamentos hostiles; esas atractivas mansiones en que el libro encuadrado de verde, de azul, se os confía como una cosa linda, agradable y limpia.

Multiplicar las bibliotecas por el mundo, es aumentar la conciencia humana. No agregan nada á la felicidad, dicen algunos. Falta saber de qué felicidad se trata. Para el hombre digno de su nombre no hay sino un saber y comprender; esta palabra contiene toda una filosofía, casi una religión.

¿No ha dicho alguien: comprender todo, es perdonar todo?

Nunca sabemos bastante de las cosas útiles, provechosas, buenas, hermosas. La difusión de los conocimientos y de las obras maestras, por el mundo, es uno de los más magníficos objetos que pueda proponerse nuestra actividad.

Deseamos que en cada pueblo, en cada ciudad, las bibliotecas libres, los radiantes «Palacios de los libros» sean el foco del pensamiento, de la reflexión, del esfuerzo humano.

Y ciertamente, si todo el mundo supiera leer y comprender, no asistiríamos á los ensayos de transformación violenta de la sociedad, á las tentativas anárquicas y revolucionarias, como la última ensayada en Francia de la huelga general.

Es posible que asistamos un día á una huelga, si no general, al menos bastante compleja, bastante vasta para paralizar

durante algún tiempo las fuerzas vivas del país.

Pero ese ensayo de violencia no podría ser sino pasajero. Que el cuarto estado como se llama al conjunto del proletariado hace esfuerzos para venir á la luz é imponerse, es cierto, fatal, irremediable. Pero de aquí á entonces transcurrirán muchos años en la educación de la democracia. El pueblo, esto salta á los ojos, no está preparado para reemplazar á la burguesía. Su cultura no está bastante desarrollada, su moralidad no está bastante experimentada; demasiadas manchas como el alcoholismo, como la miseria, la debilidad mental, lo empobrecen. Su triunfo pasajero le aseguraría la supremacía de la inteligencia.

¡Y sin embargo, cuántas fuerzas oscuras y magníficas dormitan, medio despiertas ya, en las muchedumbres ciegas! ¡El Porvenir! Puede suceder que ellas constituyan el porvenir. Y aun es preciso que ese porvenir no sea una bancarrota en relación con el presente.

Sólo la instrucción, la moralización de las masas, asegurará su advenimiento legítimo: Y no es cuestión de un día. Hay que hacer la educación de un pueblo entero. Los libros, los admirables libros, serán los primeros y últimos educadores de los cerebros dispuestos á abrirse. Son los únicos que regularán al arranque de esos brazos musculosos, y los que impedirán que los apetitos degeneren en voracidad de bestias feroces.

¿Qué singular es pensar que la civilización, llegada á cierto punto de perfección y poniendo en las manos del mayor número el poder que resulta del saber, amenaza á veces derrumbarse en un verdadero retroceso, en un retorno violento al pasado!

Pero no podrá suceder. Semejantes regresiones no se verán. Después de algunas semanas de caos y de anarquía, el esfuerzo y el ingenio individual ó de corporación encontrarían medios de comunicación casi tan rápidos. ¿No tenemos las ondas hertzianas del teléfono sin hilos, los automóviles rápidos, las palomas mensajeras? Una huelga general en sí es imposible, porque el carnicero tiene necesidad de comer el pan de panadero y el panadero necesita comer la carne que faena el carnicero. Cada cual, en la sociedad organizada y hasta desorganizada, depende de los demás. Una inmensa solaridad ligaría de nuevo el haz dispersado de las organizaciones primitivas.

Además, no olvidaremos que de los excesos de los revolucionarios ha nacido siempre la tiranía. No se destruye, en materia social, sino para caer de nuevo, aunque fuera á su pesar. La enseñanza de la historia, que siempre vuelve á em-

pezar, está ahí para demostrarlo. El que ha sabido leer con fruto y con reflexión la historia de los pueblos, encuentra la demostración de esta verdad.

Difundamos, pues, á oías de luz del pensamiento, la hermosa llama de luz de vida de los libros entre los hombres nuestros hermanos.

Todos, hasta los más desgraciados sacan de ella un consuelo, una enseñanza, un ejemplo, y la primera de las liberaciones que viene del juicio y de la experiencia de los que han vivido, luchado, sufrido antes que nosotros.

Así se verificará, para mayor provecho de la humanidad, este fraternal axioma: Leer es comprender; leer es saber; leer es poder.

PAUL, MARGUERITE

Destellos de crónica

El jueves iba el tren atestado de pasajeros para Limón. Lo cual quiere decir que estamos aburridos de la pamema santificada con procesiones, incenso, canto llano y matracas.

También quiere decir que cuanto más capas de coro ostenta nuestra Santa Madre la Iglesia, más de capa caída va la fe. A capa por capa, quedémonos con los que cojen la cosa filosóficamente y se están tranquilos en su casa gozando de los días grandes para roncar á gusto por las mañanas, comer bacalao en salmuera y echar la siesta olvidados del jefe de la oficina, y con mayor motivo del jefe y padre de esta religión católica, apostólica y cristiana en que vivimos y ansiamos profesar hasta la hora de nuestro irremediable viernes santo.

Los que van al puerto no lo hacen por cierto con el devoto fin de someterse á las friegas del camino y al calor de la estada.

Con la nariz muy abierta van por esos culebreantes rieles gozando del aire fresco del Alto, del olor á anguilas que reina en el Paraíso, y del aliento montañés á base de tierra húmeda y de musgo, que ya en Juan Viñas comienza á rodear el tren pa-

ra escoltarlo hasta Turrialba, donde lo entrega á los primores del calor.

Y nadie piensa en lo que deja atrás, si no son los que usan el pañuelo en el bolsillo trasero, de donde han de llevarlo á menudo hasta la goteante frente ó sudoroso cuello.

Limón ofrece el atractivo de una aventura y tiene su mismo picante y salsa. Es sabroso y ocasionado á regodeos eso de poder entablar conversación con las viejas criadas de nuestra casa sobre ese tema:

—¿Y no le da miedo á don Fradique ir al puerto en estos días?

—Al contrario, Teresa; al contrario.

—¡Ave María, señor! Yo me moriría si no pudiera asistir al Santo Entierro aquí en mi lugar natal.

—Qué sabéis las viejas de eso! Nosotros no nos detenemos en semejantes zoqueterías.

Luego se va este librepensador práctico con dirección al mar; y cuando en las revueltas del camino sacude el carro demasiado por la velocidad del tren, no puede dejar de pensar en sus adentros en Teresa y en sus exclamaciones. Resonarán como la voz del maestro cuando uno se escapa de clases; ó como la del padre cuando las dos de la madrugada nos cogían callejeando.

Ello es que se han ido á Limón muchas personas, y que en su gusto habrán recibido ejemplar castigo, pues con tantas gentes no hay diversión posible; y basta con hallarse tres moscas en el arroz y dos piquetes de sangre en la almohada, para suspirar por el bacalao seco y las procesiones llenas de humores y de calor.

* *

Otros—los que odian precisamente el fuego del sol y son capaces de ahogarse en una gota de sudor—tendieron el vuelo á las alturas del Poás.

En ese volcán á la moda se dieron cita de seguro muchas gentes ele-

gantes, obligadas á presentarse ante él, por las exigencias del camino, llenas de polvo y más molidas que un bagazo.

Lo que vieron, ellas lo sabrán; pero no quisiera estar en el pellejo de ninguno de esos excursionistas; sobre todo en el de ciertas regiones. Huyendo de las flagelaciones del ayuno y del espectáculo tristísimo de la muerte, han ido á padecer casi tanto como Cristo—¡Digo los que vengan matados por esos judíos caballos que suelen alquilarse en Alajuela!

Subir es pesado siempre; pero toda magulladura puede disimularse si se ocasiona en la ascensión al Poás, y si además han transcurrido algunos meses de alivio entre vaselina bórica y sublimado corrosivo. En esto de hallarle la poesía á ciertos viajes, sucede como cuando uno siembra jardín: que para recoger flores es preciso riego, tiempo y paciencia. Pregúntele usted á uno de esos que el sábado se bajaron en el andén de la Estación del Norte con la maleta en la mano y la cara sucia, qué tal de paseo; y si no lanza un ¡ay! como hay pocos, no he dicho nada.

Pero cuando un paseo de estos va entrando en las galerías de la Historia, entonces es de oír á los que gozaron de él: no hay vista como la de San Pedro cuando resuena á lo lejos el canto madrugador del gallo de la Pasión; ni hay aire como el de esas quiebras; ni agua cual la que allí se despeña cantándole alabanzas á la aurora. Tampoco hubo cama más mullida que un poco de zacate en la Lechería; ni licor más perfumado y sabroso que el café bebido á orillas de la laguna fresca, chorreado por un pobre peón caminero.

Para estos poetizantes embaucadores, el volcán tuvo erupciones de dominguear, como quien dice; y cuando salió el sol sobre el lejano horizonte dorando el espaldar azul en donde el Irazú recuesta su cabe-

za, lo hizo con guiños de ojos coquetones, como complacido de tenerlos en la vecindad.

Digo que hoy por hoy están de pésame los viajeros allí; pero ya sonará el tercer día y resucitará su buen humor. ¡Oh dichosones!

FRADIQUE MENDES JR.

Nuestros grabados

Joselina Castillo y Pura Martínez son dos botones de rosa que apenas entreabren sus pétalos á la luz del sol. Hijas de padres nacidos en playas extranjeras, han venido á Costa Rica á lucir sus galas y sus dones en el pensil josefino, donde por su belleza, virtudes y gracia, son ornato de él. EL FÍGARO honra su primera página con el retrato de tan simpáticas amigas.

* *

El segundo grabado es la reproducción de una fotografía tomada á bordo del crucero italiano «Etruria», que fué nuestro huésped en semanas pasadas.

En el centro está el Comandante señor Fasella y sus oficiales subalternos le rodean.

* *

Un grupo de empleados de comercio de esta capital efectuaron un paseo al pintoresco lugar El Brasil. Mr. Rudd, nuestro colaborador artístico, tomó la primorosa vista que publicamos, y que da una idea de lo bello y pintoresco que es aquel lugar.

* *

El otro grabado es una vista tomada en las vecindades de la capital, donde aún se conservan lugares que nos recuerdan la virginidad de nuestras selvas.

Notas

El sábado 19 de los corrientes se efectuó la boda de nuestro buen amigo don José Anglada y Alavedra con la señorita Susana Roig.

Les deseamos muchas felicidades y que la luna de miel sea eterna.

* *

Tenemos que lamentar la desaparición de don Francisco Castro O., hijo del eximio ciudadano don Zenón Castro R.

Aunque tarde, enviamos á su distinguida familia nuestro pésame.

* *

El 23 de los corrientes dejó de existir la distinguida matrona doña Josefa O. de Bertheau, después de una corta pero violenta enfermedad.

Sus restos fueron conducidos al Cementerio General acompañados de un selecto número de amigos, compuesto principalmente de operarios, quienes encontraban en ella una madre en vez de una patrona.

Al amigo don Alberto y á su distinguida familia les deseamos resignación y les acompañamos en su dolor.

* *

También nuestro compañero don Juan Fuentes Soto ha recibido un tremendo golpe. Su señora madre, doña Francisca v. de Fuentes, abandonó este valle de lágrimas en la madrugada del 24 del corriente, para remontarse á otras regiones, dejando á sus deudos sumidos en el dolor.

Paz á sus restos y resignación á su familia les desea EL FIGARO.

* *

Aritmética.—El apreciable caballero don F. F. Noriega ha tenido la bondad de obsequiarnos con un tomo de su Aritmética editada últimamente. Damos las gracias al amigo Noriega y le ofrecemos ocuparnos

oportunamente de su libro para emitir nuestro juicio crítico.

Entre tanto deseamos que el éxito corone sus esfuerzos.

Variedades

Tan rápidamente se han sucedido unas á otras las conquistas de la aerostación que se considera como un hecho el establecimiento de un servicio regular de transporte aerostático entre París y Londres, durante el año.

Ya se hacen los preparativos necesarios para establecer esa línea con globos dirigibles, con un máximo de velocidad de cuarenta millas por hora, provistos de dos motores propulsores y un puente para pasajeros, de veintiséis pies de largo y siete y medio de ancho, según el modelo de la máquina de Clement Bayard.

En virtud del interés que este nuevo sistema de transportes ha despertado en todo el mundo, se celebrará un Congreso Internacional en Egipto, y un concurso de aerostación en los Estados Unidos, en el cual tomarán parte los más notables inventores.

Chispazos

La calvicie te camina mas es muy fácil curarte si te frotas al peinarte con un poco de RHUM QUINA.

* *

Si quieres con gentileza en las lides del amor lucir tu sin par belleza, perfúmame con ALTEZA, de la casa de Rigaud.

* *

Un excelente reconstituyente de los organismos debilitados

Muy satisfecho de los excelentes resultados que he obtenido en mi práctica médica con la EMULSIÓN DE SCOTT, me es grato agregar mi testimonio al de los

otros compañeros de la profesión, pues siempre he encontrado en ella un excelente reconstituyente que se asimila fácilmente y que por su sabor agradable y por no contener substancias irritantes como la creosota y el guayacol, es sopor-tada por todos los enfermos sin atacar las vías digestivas.—DR. ALFREDO RÍOS ALVARADO, Ver., México.

LUIS LLACH LL.
ARQUITECTO
DE LA FACULTAD TÉCNICA DE BARCELONA (ESPAÑA)
Condecorado por el Gobierno de la República de Venezuela
y ex director de Obras Públicas de la República de Colombia
Oficina Técnica: De la Arena 150 varas al Norte
Telégrafo: LLACH — Apartado Correo 611
San José, Costa Rica

Para las Damas

Ya está de venta en las BOTICAS AMERICANA y ORIENTAL **Crema de Lanolina**, conocida la famosa, ya desde hace tiempo por sus excelentes resultados para el cutis.

La misma que vendía la BOTICA ALEMANA.

Patentada por Miguel Carranza, según inscripción oficial número 367 del 3 de marzo de 1910.

EL GREMIO

Almacén de Abarrotes al por mayor. Surtido completo

ANTONIO URBANO Y C.^a Fábrica de jabones LA NERJEÑA
Situados al lado Norte del Mercado

PLATERIA DE PARIS

Entre la Sastrería de Scaglietti — y Felipe J. Alvarado & Co. —

Fabricación de alhajas sólidas y artísticas, á satisfacción del más refinado gusto
Elegantes MONOGRAMAS en esmalte y toda clase de grabados

— Compra de oro de alhajas destruidas —

NAPOLEON SANABRIA

ABOGADO Y NOTARIO

OFICINA: FRENTE Á LA CASA PRESIDENCIAL,
AVENIDA CENTRAL, ESTE

Juan Monsó

Pintor-Decorador

40 varas al Norte de la Botica Oriental
Apartado de Correos 000

San José, Costa Rica



ESPECIALISTA
en
FACHADAS
y
ROTULOS

Decoración
de
Habitaciones
al estilo moderno



FABRICA Y TIENDA DE CALZADO

COSIDO Y CLAVADO CONFECCION A MANO

Avenida Central O., al lado de Mr. Asch

EXTENSO Y VARIADO SURTIDO DE PIELES PRECIOSAS Y FUERTES
HORMAS ESTILO MODERNO

APARTADO
NÚMERO 602

Enrique Benavides, Propietario.